

# **La Botella F.C.**

Daniel Baldi

loqueleg

Ese viernes, Laura apenas había terminado de copiar el primero de los tres deberes del pizarrón cuando sonó el timbre de salida. Dejó caer los útiles en la espaciosa mochila, como si fuera un tacho de basura, y después le habló a su mejor amigo y compañero de banco:

—Pedro, esta tarde voy a tu casa para terminar de copiar los deberes—afirmó, sin dejar lugar a una opinión diferente—. Y después nos vamos al entrenamiento —remató.

Pedro iba a fútbol tres veces por semana —lunes, miércoles y viernes— a las cinco de la tarde. Laura, aunque no practicaba con él (no porque no quisiera, sino porque no la dejaban) iba a todos los entrenamientos de la semana, porque su padre, Jorge Rodríguez, era el técnico del equipo.

—Esta tarde no sé si voy a ir —dijo Pedrito, con timidez.

Laura era cuatro centímetros más alta que él y cuando se enojaba parecía agrandarse hasta quedar

con el doble de su tamaño.

—¿Cómo que no vas a ir?— preguntó con tono desafiante—. ¿Por qué?

Pedro pareció encogerse dentro de su buzo de lana mientras intentaba esconder la cabeza en el interior del cuello.

—Po... Porque hace mucho frío —balbuceó.

—Ya estás de nuevo con eso —dijo ella mientras caminaban hacia afuera del salón—. ¿Cuántas veces te voy a decir que tu problema no es el asma sino la cabeza?

Pedro había sufrido ataques de asma desde que tenía uso de razón. Durante los nueve años de su existencia había vivido en Colonia, a orillas del Río de la Plata, en una zona que los médicos desaconsejaban para los asmáticos. Sin embargo, Laura insistía en que los ataques eran creados por él y su cabeza.

—Está bien—aceptó poco convencido—. Voy a ir, pero me vengo a las seis, antes de que se oculte el sol —advirtió.

—Trato hecho —aceptó Laura con desgano—. A las tres y media voy para tu casa a hacer los deberes y le digo a mi papá que nos pase a buscar para llevarnos a la práctica.

Al llegar al portón de la Escuela N.º 1, una de las dos que estaban ubicadas en el centro de la ciudad, Laura divisó a su padre y corrió hacia él.

Pedro, que vivía a dos cuadras de allí, tomó la dirección contraria para llegar a su casa caminando.

En cuanto padre e hija subieron al auto, vino la pregunta de siempre:

11

—¿Cómo te fue en la escuela?

A Laura le ponía los pelos de punta oír eso, porque sentía que su padre preguntaba solo por formalidad.

—Bien—contestó con tono seco y giró para mirarlo a los ojos, mientras él se disponía a manejar.

—Pa...

—¿Qué?

—¿Esta tarde podré entrenar con los chicos?

Sin mirarla, Jorge empezó la típica respuesta:

—Lauri, sabés...

—Que a tu madre no le gusta— interrumpió ella disgustada, con tono burlón.

Laura amaba a su madre, pero en esos momentos en que le recordaban su idea sobre el fútbol y su negación al hecho de que ella entrenara, podía llegar a sentir que la odiaba tanto como jamás había pensado que pudiera odiar a alguien. No entendía cómo era posible que fuera

tan cerrada, que creyera que estaba mal que las mujeres jugaran fútbol y que dijera que era un deporte solo para hombres.

Al ver lo triste que se había puesto, Jorge le acarició la mejilla y le dijo:

—Está bien. Si me prometés que no se lo decís, cuando hagamos fútbol te dejo jugar un rato—concedió.

No podía verla así. Ella lo miró con los ojos encendidos de alegría.

12 —Te quiero papi —dijo en medio de una enorme sonrisa—. Y te prometo que lo voy a mantener en secreto.

Armar La Botella Fútbol Club, como se llamaba la institución más nueva del baby fútbol de Colonia, de apenas tres años de antigüedad, había sido un verdadero dolor de cabeza.

13

Cuando Jorge y tres amigos de la infancia decidieron reunirse con la idea de fundar un club en La Botella, el barrio de su niñez, nunca pensaron que todo sería tan engorroso.

El primer año las dificultades no fueron tan importantes. Lograron convocar a una gran cantidad de jóvenes jugadores y cumplieron con creces el requisito de presentar al menos cuatro de las ocho categorías que el baby fútbol establece: desde la de seis años hasta la de trece.

Con gente que pertenecía sobre todo al populoso barrio, La Botella Fútbol Club pudo presentarse en seis categorías con equipos perfectamente armados: nueve jugadores y más de cinco suplentes para cada uno. Pero eso fue una efímera ilusión.

Dos años más tarde, luego de pésimas actuaciones, todo era muy diferente. Los mejores jugadores de La Botella habían ido abandonando el club, seducidos por instituciones que les prometían zapatos de fútbol nuevos o campeonatos todos los años.

No solo desertaron los buenos. Los que no habían sido captados por los más grandes también terminaron dejando de ir. No se sentían motivados a formar parte de un club que se comía goleadas cada fin de semana.

14 ¡Era una lástima! La Botella, fundado en un barrio pobre con la idea de convertirse en un club importante dentro del baby fútbol de la ciudad, parecía morirle apenas dos años después de su creación.

Fue muy difícil juntar jugadores para el tercer año. Se estuvo a punto de no completar las cuatro categorías necesarias, pero se llegó gracias a Jorge. El último día del plazo reglamentario para presentar las listas definitivas, y viendo que no se conseguía completar la de nueve años, recurrió a... ¡el nombre de su hija!

Para conseguirlo tuvo que acudir a niños que jamás habían sido tomados en cuenta para ninguna actividad física y prometerles —en vez de zapatos nuevos y grandes copas— que iban a jugar al fútbol. Tuvo que explicarles de qué se trataba eso y asegurarles que se iban a divertir.

Él había aceptado ser el director técnico de una categoría y sus amigos fundadores se encargaban de las otras tres.

Jorge contaba con once jugadores, el mínimo necesario para presentarse. Los seleccionados eran todos del barrio, salvo su hija y Pedro, el mejor amigo de ella.

En el primer entrenamiento tuvo que enfrentar la difícil tarea de asignar un puesto a cada uno dentro de la cancha, ya que ninguno había jugado antes, salvo Matías que era el mejor de todos y que el año anterior había estado en la categoría de ocho años.

Para arquero, Jorge había elegido al más gordito de todos, Joaquín. Una vez que se tiraba al piso no se volvía a levantar sin la ayuda de un compañero.

De defensor estaba Luis, *Pegajoso*, quien aparte de no haber jugado al fútbol nunca antes, vivía más entretenido con el moco que le caía constantemente de la nariz que con el deporte en sí.

De lateral izquierdo estaba Marcelo, *Mandarino*, cuya característica principal era no parar de comer mandarinas durante todo el día. En el fondo de su casa tenía un árbol y, sobre todo ahora que era invierno, la época del brote, era cuando más comía.

Por el lateral derecho aparecía Roberto, el *Enano*, quien pese a no ser tan malo como el resto, era tan petiso que parecía tener cinco años menos que sus compañeros.

En el medio de la cancha había optado por poner al más fuerte, Pablo, al que llamaban *Magú*. Era un tractor que se llevaba todo por delante, sobre todo porque tenía miopía avanzada, o sea que era corto, más que corto, ¡era cortísimo de vista! No veía nada.



Por la derecha de la cancha, sobre el medio, jugaba Santiago, el *Flaco*, que era tan flaco y débil que apenas podía permanecer parado cuando tenía el viento en contra.

En ese mismo puesto, pero por la izquierda, con el número diez, estaba la salvación del equipo: Matías, zurdito, habilidoso y el único que tenía una idea clara de cómo se jugaba al fútbol. Y arriba, de delanteros, había conseguido a dos hermanos mellizos, los *Melli*, chuecos como nadie. Los había puesto arriba porque, de lo mal que le pegaban a la pelota, si los ponía abajo podían hacer un gol en contra.

Por último, en el banco de suplentes y como relleno, aparecía su hija —que nunca iba a jugar porque su madre no la dejaba— y Pedro, quien nunca podía permanecer en la cancha más de unos minutos ya que, de los nervios que le venían, terminaba atacándose de asma y tenía que salir.

Con este deprimente y desalentador panorama se conformó la categoría de nueve años de La Botella Fútbol Club. Por eso no fue sorpresa que, de las primeras cuatro fechas del campeonato, el mejor partido hubiera sido el segundo, cuando perdieron cuatro a cero. En todas las otras presentaciones el marcador había estado por encima de los cinco goles recibidos. La estadística marcaba que en ese período habían recibido veintitrés goles y convertido solo tres, todos de Matías, quien era diferente al resto con la pelota en los pies.

Aun así, la categoría seguía en su pugna por una victoria, intentando escapar del último puesto de la tabla que, hasta el momento, estaba siendo compartido.